

Sexualidad

**Jeffrey Weeks**

Editorial Paidós. México, 1998.

Págs. 91 a 112

## 5. SEXUALIDAD Y POLÍTICA

*...no hay ningún aspecto del comportamiento humano sobre el que se haya pensado más, hablado más y escrito más.*  
Alfred Kinsey<sup>1</sup>

### EL SEXO: ¿UN NUEVO FRENTE?

El asunto de la sexualidad ha estado en el centro de las preocupaciones de Occidente desde antes del triunfo del cristianismo. Ha sido tema de debates políticos durante cerca de doscientos años. Ya para las últimas décadas del siglo XIX estaban discutiéndose las preocupaciones del feminismo contemporáneo: el poder masculino sobre las mujeres, la explotación sexual, las diferencias entre hombres y mujeres y el significado del consentimiento y la elección. En las décadas de 1920 y 1930, con el ascenso y descenso de un movimiento mundial de reforma sexual, y el ascenso cada vez mayor y aparentemente irresistible del autoritarismo social y el fascismo, se hicieron patentes los vínculos intrincados entre valores sexuales y poder político. Durante esta época, a través de los escritos de gente como Wilhelm Reich, surgió por primera vez un concepto que ligaba el sexo y la política: la "política sexual".

No obstante, cabe decir que sólo desde la década de 1960 ha tenido verdadero impacto y resonancia la idea de política sexual, dado que pasó de la periferia al centro. Hoy la damos por hecho como una realidad contemporánea poderosa: esa expresión se ha convertido casi en una frase hecha, pero sus ramificaciones atraviesan toda la vida social y la política modernas. Además, ya no es una política limitada a lo que de manera amplia podría llamarse "la izquierda" o los círculos "progresistas". Durante los años setenta y principios de los ochenta, algunos de los avances más hábiles y de mayor influencia que ha realizado la política en torno a la sexualidad ha provenido de fuer-

<sup>1</sup> Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy y Clyde E. Martin, *Sexual Behavior in the Human Male*, Filadelfia y Londres, W.B. Saunders, 1948, p. 21. [Versión en castellano: *Conducta sexual en el hombre*, Buenos Aires, Siglo XX, 1977.]

zas conservadoras, sobre todo las agrupadas bajo el nombre general de "nueva derecha". A un grado inesperado e inusual, la sexualidad se ha convertido en el campo de batalla de fuerzas políticas contendientes, en un nuevo frente de la política contemporánea, como dice Dennis Altman.<sup>2</sup> Parece que para muchos la lucha por el futuro de la sociedad debe librarse en el terreno de la sexualidad contemporánea. La manera en que marcha la sexualidad es un signo de cómo marcha la sociedad.

Esta preocupación intensa por lo erótico a la vez proviene de una crisis de la sexualidad que se está desarrollando y contribuye a desarrollarla. En el centro está la crisis de las relaciones entre los sexos, profundamente inestable debido al rápido cambio social y al surgimiento del feminismo moderno, con sus amplias críticas y desafíos a las distintas formas de dominación masculina y subordinación femenina. Éste es el significado de la expresión "política sexual" en su sentido más amplio: una lucha por el presente y el futuro de la diferencia sexual y la división sexual. Pero, a su vez, esto alimenta una crisis cada vez mayor del significado de la sexualidad en nuestra cultura, el lugar que damos al sexo en nuestras vidas y relaciones, la identidad y el placer, la obligación y el poder, la elección y el consentimiento. Los puntos fijos que parecen organizar y reglamentar nuestras creencias sexuales y nuestra moral —religiosa, familiar, heterosexual, monogámica— han sido radicalmente cuestionados durante este siglo. El reinado de los "valores tradicionales" quizá fue parcial e ineficaz; las normas quizá fueron restrictivas y autoritarias. Pero el eclipse aparente de su hegemonía ha dejado un vacío. Ya no estamos muy seguros —o por lo menos no estamos de acuerdo— de lo que queremos decir con sexualidad, o lo que debería ser su papel en la vida social e individual. Se ha difundido un nuevo pluralismo de creencias y conductas, que más que una diversidad de actividades sexuales es una amplia gama de esquemas de relación. Tal vez este pluralismo siempre estuvo allí, bajo nuestra mirada moralista e ingenua: hay cada vez más pruebas históricas y sociológicas que lo sugieren. No obstante, el reconocimiento de una diversidad social y sexual como un hecho espectacular ha agudizado el dilema de cómo manejarla en la política social y la práctica personal. Esto explica el surgimiento y el impacto de lo que se ha llamado una "política sexual *sexual*": es decir, dar prioridad a los problemas que han estado modelando y remodelando los debates morales durante bastante más de cien años, pero cuyo perfil con frecuencia se ha visto oscurecido o marginado en la corriente política dominante.

Mencioné los "valores tradicionales". Parece que una de las características de quienes se enfrentan a cambios sociales rápidos es añorar un regreso a una supuesta "edad de oro" de orden, decencia, disciplina y decoro. La dificultad es que cuanto más la buscamos, más parece que nos encerramos en un laberinto interminable en que la meta siempre está justo a la vuelta. ¿Existía esta "edad de oro" en la década de 1950,

<sup>2</sup> Dennis Altman, "Sex: The New Front Line for Gay Politics", *Socialist Review*, septiembre-octubre de 1982, no. 6.

antes del supuesto descenso a la "tolerancia" durante la década de 1960, con lo que Margaret Thatcher llamó la denigración de "las viejas virtudes de disciplina y moderación"?<sup>3</sup> ¿O podría encontrarse en los años de entreguerras, cuando escritores como Marie Stopes tenían la esperanza de una "gloriosa apertura" en las relaciones entre hombres y mujeres? O tal vez podemos encontrar sus rastros en el último gran florecimiento de paz y jerarquía social antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, siempre y cuando pasemos por alto sus excesos materialistas y las frivolidades de la clase alta. Ha habido defensores de cada una de estas épocas como la "edad de oro"; pero también es importante señalar que cada una ha tenido sus propios profetas de decadencia y ruina. Recientemente parece haber surgido un consenso entre quienes quieren reinstaurar las "viejas normas": desde luego, son los "valores victorianos" (en Inglaterra) los que deben buscarse y restablecerse, o los valores vigorosos de los colonizadores del Viejo Oeste (en Estados Unidos), en que un hombre era un hombre y una mujer, una mujer. La realidad, desde luego, siempre es un poco menos brillante. Lejos de que hubiera un consenso moral en el siglo XIX, de muchas maneras fue una época que es un reflejo de la nuestra: cambio rápido, desajuste moral y una "lucha por el control" sostenida, aunque no muy efectiva. El "consenso" como tal surgió sólo precariamente a fines del siglo, un compromiso incómodo entre la convicción moral y la conveniencia política. No era un modelo real.

La precisión histórica de un punto de referencia en el pasado, sin embargo, es irrelevante para su poder contemporáneo. Proporciona una medida con la cual juzgar el presente, por lo general revelando más acerca de nuestros descontentos actuales que de las realidades del pasado. Más específicamente, la glorificación del pasado permite que la gente actual logre precisar el movimiento de decadencia imaginado. Si los "valores victorianos" representan un símbolo positivo, la "tolerancia" representa su lado negativo para muchos críticos contemporáneos, y la década de 1960 su momento de éxito singular. El periodista conservador británico Ronald Butt ha escrito acerca del triunfo de un nuevo liberalismo en los años sesenta, cuya esencia era:

La tolerancia en un área social estrictamente limitada (es decir, el sexo) junto con la exacción de la obediencia estricta a nuevas normas prescritas por la ortodoxia liberal en otra. En algunos asuntos se otorgaba el privilegio de una licencia individual que desencadenaba un ataque sin precedentes contra las viejas normas comúnmente aceptadas de conducta y responsabilidad personales.<sup>4</sup>

El punto interesante que cabe señalar en torno a una jeremiada como ésta no es tanto su precisión estricta —estoy convencido de que, de hecho, es una distorsión de la década y de los cambios que han ocurrido— como su calidad representativa. Los cambios que ahora representa la década de 1960 —una liberalización de actitudes, mayor libertad para hablar sobre lo sexual, las reformas legales y otros— se han

<sup>3</sup> Discurso del 27 de marzo de 1982.

<sup>4</sup> Ronald Butt, "Lloyd George Knew his Followers", *The Times* (Londres), 19 de septiembre de 1985.

convertido en símbolo de todo lo que ha salido mal, como ha dicho Ernest Whitehouse (marido de la dirigente de la pureza social Mary Whitehouse), el área "en que ha ocurrido el mayor derrumbe de normas morales".<sup>5</sup>

Cabe señalar que este ataque contra la década de 1960 no se limita a la derecha política. Encuentra ecos en un liberalismo desilusionado que buscaba satisfacción en un nuevo hedonismo y, en su lugar, encontró desilusión; y en un feminismo moral que considera el decenio como una época en que el aumento de la sexualización del cuerpo de las mujeres las acercó mucho a una esclavitud del poder sexual masculino. Deben aclararse dos aspectos de estas opiniones. En primer lugar, es una curiosa distorsión histórica centrar todos los cambios en un decenio mitologizado. Muchos de los cambios genuinos que han ocurrido han tenido una larga gestación. Algunos incluso son posteriores a los años sesenta. En segundo lugar, es evidentemente inadecuado considerar cualquier época como monolítica. La década de 1960 presenció no sólo un mayor despliegue explotador de imágenes de la sexualidad femenina, sino también el resurgimiento del feminismo; no sólo la reforma sexual, sino también el renacimiento de campañas de pureza moral y la búsqueda de nuevas formas de reglamentación. El cambio siempre es complejo, y si queremos adaptarlo y controlarlo, tenemos que comprender exactamente lo que está en juego y no rendirnos ante mitos sobre el pasado, ni sobre el presente.

#### ELEMENTOS DE UNA CRISIS SEXUAL

Entonces, ¿qué ha cambiado? Considero que hay tres amplias áreas donde el cambio ha sido rápido, aunque no del todo, o para nada, cataclísmico. Llamaré a la primera la "secularización" del sexo. Con esto me refiero al alejamiento progresivo de los valores sexuales respecto de los valores religiosos, incluso para muchos creyentes. Esto tiene una larga historia, aunque posiblemente el elemento clave de su desarrollo fue el proceso, que empezó a mediados del siglo XIX, en que la iniciativa para juzgar la sexualidad pasó de las iglesias a los encargados de la higiene social y mental, sobre todo en la profesión médica. Ésta ha sido una revolución inconclusa en el sentido de que los asuntos morales y médicos siguen estando inextricablemente vinculados. Todavía se puede señalar a alguien como enfermo e inmoral si ofende las normas convencionales. Tampoco pretendo decir con esto que los religiosos ya no intenten reglamentar el sexo. Para refutar ese argumento, basta con observar el surgimiento del fundamentalismo religioso vinculado al autoritarismo moral en los mundos cristiano y no cristiano. No obstante, la sexualidad pertenece cada vez más al campo de los expertos no religiosos, de la sexología, la psicología, los servicios de asistencia y política sociales, así como de la medicina en sí. Aun en las iglesias más tradicionales, como la

<sup>5</sup> Cit. en Michael Tracey y David Morrison, *Whitehouse*, Londres, Macmillan, 1979, p. 177.

católica romana, muchos de los fieles ignoran las enseñanzas de sus dirigentes sobre el control de la natalidad o la homosexualidad. Para los no religiosos, las actitudes han navegado, por lo general, libres de las sanciones religiosas. El proceso de secularización ha avanzado más en algunos países (Gran Bretaña) que en otros (Estados Unidos, Irlanda del Norte y del Sur). Sin embargo, en todos ellos el efecto ha sido conceder un mayor peso a la expectativa de las relaciones sexuales en sí de lo que se solía hacer. A falta de una visión del mundo distinta de la religiosa, el sexo mismo se ha convertido en un terreno para pensar acerca del destino personal y la pertenencia.

Esta tendencia ha sido fomentada, y en parte causada, por un proceso relacionado con ella: el involucramiento cada vez mayor del sexo con el mercado, el ingreso de las relaciones mercantiles y de intercambio en más y más áreas de la "vida privada". El ejemplo más espectacular de este fenómeno ha sido el vasto crecimiento del mercado de la pornografía en la generación anterior (a principios de la década de 1980 se estimaba como una industria de cinco mil millones de dólares en Estados Unidos); pero hay otras áreas donde se observan cambios más sutiles. Los esquemas de galanteo se han visto influidos por la comercialización del ocio, que incluye desde discotecas hasta automóviles. Las nuevas tecnologías han configurado varios aspectos de la vida personal, desde aditamentos sexuales hasta técnicas reproductivas. El sexo —sobre todo la sexualidad femenina— se ha convertido en un rasgo central de la publicidad, un elemento vital en la venta de todo, desde cigarrillos hasta calefacción central. Al mismo tiempo, se han descubierto, o creado, continuamente nuevos mercados para productos sexuales: para los adolescentes en los años cincuenta, las mujeres en los sesenta, los *gays* y las lesbianas en los setenta.

Estos cambios obviamente han aumentado las posibilidades de explotación, y sus efectos negativos pueden verse en la forma de degradar y reificar la imagen de la mujer, en la sordidez de las "zonas rojas" en las ciudades importantes, en una "romantización" de la violencia sexual y en la comercialización de los placeres sexuales. No obstante, para muchos millones de personas que quieren escapar de la privación social y el autoritarismo sexual, esta nueva "libertad sexual" ha ofrecido otras posibilidades. Los cambios de las generaciones anteriores han funcionado como un disolvente de las viejas certezas y los valores heredados. Han abierto el camino a nuevos peligros, proporcionando grandes oportunidades para el surgimiento de un nuevo moralismo. Pero también han abierto posibilidades que ni siquiera se habían soñado y que muchos han aprovechado.

No es sorprendente —y ésta es la segunda tendencia principal— que se haya extendido una gran *liberalización* de actitudes en todo el Occidente industrializado. En general, la gente acepta más el control de la natalidad, el aborto, el divorcio, el sexo premarital, la cohabitación de parejas no casadas y la homosexualidad. Ha habido un nuevo reconocimiento de la legitimidad de la sexualidad femenina. Esto no significa que no haya importantes áreas problemáticas. La jerarquía católica romana en Occidente ha proseguido su oposición al sexo no marital, al control de la natalidad artificial, el aborto y el divorcio. La homosexualidad sigue siendo ilegal en muchas regio-

nes de los Estados Unidos de Norteamérica y en otras partes, y en los países europeos la legislación sigue tratando de manera diferente la homosexualidad y la heterosexualidad en las leyes de edad de consentimiento y otras. Sobre todo, los cambios posiblemente han afectado de distinta manera a hombres y a mujeres. Ha habido mayores oportunidades para que las mujeres expresen su sexualidad, un impulso importante para la satisfacción sexual de la mujer. Pero en una cultura que sigue estando decididamente dominada por los hombres, esto suele ocurrir en situaciones definidas por los hombres, para el beneficio de los hombres. No obstante, en todos los grados de opinión convencional, las actitudes, aunque universalmente no han dejado de ser autoritarias o exploradoras, desde luego son más variadas y abiertas de lo que eran en la década de 1950 y antes. Esto se ha sumado a la gran abundancia de textos en torno a la sexualidad, una nueva voluntad, y hasta compulsión, por hablar sobre el sexo, lo que ha llevado a una profusión sin precedentes de debates y discursos sexuales en todo, desde manuales maritales hasta música popular. Incluso la homosexualidad, el amor que alguna vez no se atrevió a decir su nombre, ha asumido una volubilidad sin precedentes, y a su paso otras minorías sexuales han enunciado sus necesidades y derechos con un nuevo vocabulario de deseo sexual. La "sexualidad" ahora habla muchos lenguajes, se dirige a muchos tipos de personas y ofrece una cacofonía de distintos valores y posibilidades.

Los efectos de todo esto en la conducta son más difíciles de medir. Desde luego ha habido cambios significativos, sobre todo en la apertura con que ahora se realiza el sexo fuera del matrimonio. En un país como Suecia, la gran mayoría (99%) de los hombres y las mujeres ahora tienen relaciones sexuales antes de casarse; en Estados Unidos lo hacen 50% de las mujeres y un porcentaje algo mayor de hombres. Igualmente, con el sexo extramarital, encuestas recientes sugieren que alrededor de una tercera parte de las mujeres y la mitad de los hombres tienen relaciones sexuales fuera del matrimonio. Tal vez ni hombres ni mujeres tienen más relaciones sexuales, pero ahora parecen tenerlas con mayor frecuencia fuera de los parámetros formales del matrimonio legal.<sup>6</sup>

También parece que, en promedio, están iniciando la actividad sexual más jóvenes que sus padres o abuelos. Esto se debe en parte a que muchachos y muchachas alcanzan la madurez a menor edad (la edad del inicio de la menstruación ha disminuido de 16 a 13 años en el último siglo) y en parte a que existen mayores oportunidades. Se ha calculado que la cantidad de niñas sexualmente activas menores de la edad de consentimiento, de 16 años en Inglaterra, puede haberse triplicado en los últimos dos decenios, aunque también hay pruebas de que la promiscuidad no es mayor que en la generación de sus padres. No obstante, durante la década de 1970 y

<sup>6</sup> Véase el análisis de estas tendencias en Jeffrey Weeks, *Sex, Politics and Society. The Regulation of Sexuality Since 1800*, Harlow, Longman, 1981, cap. 13, y *Sexuality and its Discontents. Meanings, Myths and Modern Sexualities*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1985, cap. 2.

principios de los ochenta, el asunto del sexo entre adolescentes ha cobrado gran importancia y plantea preguntas difíciles acerca del conocimiento, la elección y el control sexual. El juicio para impedir legalmente que los doctores dieran consejos sobre el control de la natalidad a niñas menores de 16 años sin el consentimiento de los padres, entablado por la señora Victoria Gillick en Inglaterra, fracasó en la apelación en octubre de 1985. No obstante, el extenso juicio planteó cuestiones fundamentales —acerca de *quién* debía decidir (padres y madres, médicos, las propias niñas), en qué circunstancias y para el beneficio de quién—, que radicalizaron los problemas provocados por la ausencia de normas comúnmente aceptadas. ¿Siempre saben los padres y madres qué es lo mejor? ¿Son capaces las niñas menores de 16 años de tomar decisiones racionales acerca de algo tan emotivo como el sexo y la maternidad? ¿La disponibilidad universal de consejos sobre control de natalidad y educación sexual fomenta la promiscuidad o sólo constituye una protección racional contra sus consecuencias? El Instituto Guttmacher, que revisó la incidencia de embarazos adolescentes en varios países, encontró que la mayor incidencia se daba en Estados Unidos (96 embarazos por mil muchachas con edades entre 15 y 19 años), la menor en Holanda (14 por mil), y que Inglaterra y Gales se situaban más o menos en medio (45 por mil).<sup>7</sup> La conclusión era contundente: los países con mayores facilidades para el control de la natalidad y programas muy completos de educación sexual tienen tasas mucho más bajas de embarazo en adolescentes. Sin embargo, información como ésta no ha acallado la discusión: sólo ha radicalizado las opiniones totalmente diferentes que existen acerca del lugar y la función que ocupa el sexo en nuestra vida. ¿El sexo es para el placer o para la procreación? ¿Debería considerarse un derecho o un privilegio? ¿Es un área de elección o de obligación? ¿Tiene el mismo significado para hombres y mujeres? ¿Cuándo estamos aptos para decir sí o no? En Estados Unidos la cuestión de la educación sexual en las escuelas se volvió un campo de batalla porque simbolizaba los problemas planteados por el cambio sexual. Para los liberales, la educación sexual era el único medio de difundir la información con base en la cual podían tomarse decisiones racionales. Para los conservadores, amenazaba con minar a la familia y abrir más el camino hacia la secularización y la desmistificación del sexo. Entre esas tendencias parece haber poco terreno común.

Todos estos cambios han contribuido a un tercero: un cambio en el esquema de las relaciones que ha llevado a muchos a pensar que hay una "crisis de la familia". A esta supuesta crisis se le han atribuido diferentes orígenes y ha tomado diversas formas, la más importante de las cuales ha sido una inquietud por el futuro del matrimonio, que tradicionalmente era la entrada privilegiada a una buena posición social y a la actividad sexual. Después de un aumento en la tasa de matrimonios durante la década de 1950 y principios de la siguiente, época en que se casó un porcentaje ma-

<sup>7</sup> Cit. en Virginia Ironside, "How Mrs. Gillick has Hijacked Morality", en *The Guardian* (Londres), 23 de julio de 1985. Para un análisis del sexo entre adolescentes, véase Judith Bury, *Teenage Pregnancy in Britain*, Londres, Birth Control Trust, 1984.

yor que nunca antes de hombres y de mujeres, desde mediados de los años sesenta se inició en Suecia y Dinamarca una disminución que se extendió a Inglaterra, Estados Unidos y Alemania Occidental a principios de los setenta y a Francia un poco después. Esto sucedió junto con un aumento en la cohabitación y un incremento radical en la incidencia de los divorcios. A principios de la década de 1980, más o menos una tercera parte de los matrimonios parecía a punto de terminar en divorcio. En la práctica, los temores de un colapso del matrimonio y la familia resultaron algo prematuros. Con excepción de Suecia, donde la cohabitación tenía una estabilidad parecida a la del matrimonio, la mayoría de los cohabitantes con el tiempo se casaban y, hacia mediados de los años ochenta, la tasa de matrimonios había regresado a sus cifras anteriores, lo cual sugiere que lo que sucedió fue una posposición general del matrimonio y no su abandono. Y si bien una tercera parte de los matrimonios prometía terminar en divorcio (cifra que también parecía tambalearse hacia mediados de la década de 1980), dos terceras partes sobreviviría. Además, cerca de 70% de los divorciados se volvían a casar. Algunos sociólogos veían en estas cifras no el colapso de la familia tradicional, sino su resurgimiento en un nuevo estilo, la "familia neoconvencional" según la frase de Robert Chester.<sup>8</sup> más pequeña que la familia victoriana, con menos hijos, tal vez más equitativa en la distribución de tareas domésticas, tal vez más inclinada a un esquema de "monogamia seriada" que en el pasado, cuando el matrimonio, por lo menos ideológicamente, era para toda la vida.

Pero todavía era muy reconocible como "una familia". La mayoría de la gente sigue naciendo dentro de una familia, la mayoría vive casi toda su vida dentro de ella y la mayoría aún aspira a encontrarla.

Todo esto es cierto, y muy importante para valorar nuestra cultura material y sexual. Al mismo tiempo es igualmente importante reconocer una diversidad cada vez mayor de formas domésticas, que perfora la solidez aparente de la familia convencional. Dentro de los amplios límites del término "familia", hay muchas diferencias internas que surgen de distintas creencias y prácticas de clase, religiosas, raciales, étnicas y políticas. Junto a estas formas diferentes hay diversos esquemas no tradicionales: la soltería perpetua, la cohabitación no marital, la falta voluntaria de hijos, la "familia adquirida" basada en un nuevo matrimonio y la convivencia de niños de madres o padres distintos, padres o madres solteros (dentro de lo cual incluimos tanto las familias con sólo padre o madre, originada por divorcio o muerte, como la creada voluntariamente, ya sea a través del coito heterosexual convencional o bien por inseminación artificial), los llamados "matrimonios abiertos", hogares con muchos adultos, parejas lesbianas y gays, y probablemente muchas más.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Robert Chester, "The Rise of the Neo-Conventional Family", *New Society*, 9 de mayo de 1985.

<sup>9</sup> Véanse, por ejemplo, Eleanor D. Macklin, "Non-traditional Family Forms: a Decade of Research", *Journal of Marriage and the Family*, 1980, no. 42, pp. 905-922, y los ensayos en R.N. Rapaport et al., *Families in Britain*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1982.

La diversidad aumenta, pero aún no nos hemos adaptado a ella ni en el aspecto ideológico ni en el de política social. Nuestra cultura está permeada por valores familiares, al grado de que el lenguaje de la familia todavía proporciona el único vocabulario de relaciones verdaderamente duraderas con que contamos. El resultado de esto es muy curioso y paradójico. Por una parte, hay muchos que lamentan la caída de "la familia tradicional" y todo lo que con ella se asociaba. Por la otra, para todos los que no viven en una relación convencional, la ideología de la familia todavía es la dominante al grado de que no hay otra legitimación real que no sea la de la familia, no hay otra manera de expresar nuestra necesidad de relaciones. El vínculo tradicional entre matrimonio, familia y sexualidad en parte se ha roto; pero en su lugar no tenemos alguna opción única, sino una pluralidad de formas. Para muchos, esta diversidad es un desafío; para otros representa un grave peligro.

Estos cambios en sí mismos, aunque son importantes, no han transformado el escenario sexual hasta el punto de que no se reconozca. Las afirmaciones de que hay una "liberación sexual" o una "decadencia moral" parecerían estar completamente erradas. Sin embargo, la mezcla compleja de algunos cambios muy reales ha provocado una crisis de valores y de significados, un clima de incertidumbre y (para algunos) de confusión. En este clima afloran a la superficie profundas corrientes de sentimientos que encuentran expresión en lo que se llama pánico moral. El pánico moral se definiría como una serie de rachas de ansiedad social que suelen centrarse en una condición o persona o grupo de personas a quienes se identifica como una amenaza a los valores y suposiciones sociales aceptados. Surgen, por lo general, en situaciones de confusión y ambigüedad, en épocas en que los límites entre comportamiento legítimo e ilegítimo parecen requerir una nueva definición o clasificación. El pánico moral clásico en el pasado ha producido con frecuencia resultados drásticos, en la forma de caza de brujas moral, agresión física y acciones legislativas. Desde la Segunda Guerra Mundial ha habido una serie aparentemente interminable de reacciones de este tipo que en gran parte se enfocaron en asuntos morales y sexuales: enfermedades venéreas, prostitución, homosexualidad, abuso sexual infantil y pedofilia, sexo entre adolescentes, pornografía, "videos repulsivos" y otros. Un rasgo significativo de todos ellos ha sido el vínculo que se ha establecido entre sexo y enfermedad, entendiéndose por ésta una metáfora de la mugre, el desorden y la decadencia. No deben sorprendernos, pues, las oleadas de pánico que han surgido recientemente por las connotaciones sociales y morales del herpes genital, el cáncer cervical y, en fecha más reciente y de modo más radical, el sida (síndrome de inmunodeficiencia adquirida). El impacto del sida ejemplifica todos los signos característicos del pánico clásico. Más importante para nuestro análisis es que revela también la presencia de ansiedades más amplias acerca del lugar actual que ocupa la sexualidad en nuestra sociedad. Por esta razón, la crisis resultante exige más que una mirada. Ilumina rincones oscuros de nuestra cultura sexual, condensando muchas tensiones sociales en un blanco simbólico reconocible.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> Para un análisis completo, véase Dennis Altman, *AIDS and the Mind of America*, Nueva York, Doubleday.

Uno de los rasgos más notables de la crisis del sida es que, al contrario de la mayoría de las enfermedades, desde el principio se culpó a sus víctimas principales de causar la enfermedad, debido a sus actitudes sociales o a sus prácticas sexuales. Y, dado que la mayoría de la gente que sufría esta enfermedad en los países occidentales eran homosexuales masculinos, esto dice algo acerca de las actitudes y sentimientos actuales ante las sexualidades no ortodoxas. Desde la primera identificación de la enfermedad en Estados Unidos en 1981-1982, se hablaba del sida como si fuese una aflicción específicamente homosexual, y el término "peste gay" se convirtió en su descripción común en las zonas más escabrosas de los medios de difusión. De hecho, desde el principio estaba claro que otros grupos de personas eran propensos a la enfermedad: haitianos (en Estados Unidos), adictos a drogas intravenosas y hemofílicos, debido a su dependencia de la sangre de otros. Pronto se supo también que en grandes regiones de África central, donde la enfermedad puede haberse originado, y donde parecía ser endémica, la población heterosexual era la más afectada y, por lo tanto, claramente podía transmitirse a través del coito heterosexual. Sin embargo, la aparente conexión entre actividad sexual no ortodoxa y la enfermedad fue una de las principales causas que provocaron pánico en el Occidente industrializado.

Cuando surge una oleada de pánico moral se produce una estereotipificación característica de los actores principales como tipos específicos de monstruos, que lleva a un nivel ascendente de temor y a la percepción de una amenaza cada vez mayor, a asumir posiciones de pánico y absolutistas y a una búsqueda de soluciones simbólicas, por lo general imaginarias, para el problema que se ha exagerado. En el caso del sida hay una enfermedad genuinamente aterradora, que ha devastado la vida de mucha gente, para la cual no hay cura, y que al principio parecía irrefrenable en su ritmo de difusión. Hacia mediados de 1985, se había convertido en la principal causa única de muerte de hombres adultos en la ciudad de Nueva York y estaba muy extendida en otras partes. La ansiedad era legítima. Sin embargo, la forma que tomó esa ansiedad fue una búsqueda del chivo expiatorio, y los hombres gay parecían especialmente vulnerables. Se culpó de manera importante en la difusión de la enfermedad a algunas prácticas sexuales (por ejemplo, el acto sexual anal) y hábitos sociales (múltiples parejas), por lo general (aunque equivocadamente) asociados con homosexuales hombres, y fue fácil culpar a la gente con sida. De aquí se dio fácilmente un deslizamiento: de la idea de que los homosexuales causaron "la peste" (sin ninguna prueba de apoyo) a la idea de que la homosexualidad en sí era una peste o plaga. Un delegado en la conferencia del Partido Laborista en Inglaterra en 1985, que se oponía a una moción en favor de los derechos de gays y lesbianas, resumió incoherentemente esta confusión de opiniones: "Este es un mal y una enfermedad en nuestra sociedad y, debido a ese acto específico —ese acto antinatural—, tenemos esta difundida enfermedad del sida que

se extiende por todo el mundo."<sup>11</sup> Pronto aparecieron manifestaciones de lo que Susan Sontag ha llamado "prácticas de descontaminación"<sup>12</sup> contra mujeres que no eran vulnerables a ella, así como contra hombres que sí lo eran: los restaurantes se rehusaban a servir a clientes gay, despidieron a los meseros gay, los dentistas se negaban a examinar los dientes de los homosexuales, los recolectores de basura usaban máscaras cuando recogían los desechos de sospechadas víctimas, los carceleros se negaban a mover a los prisioneros, el personal tras bambalinas en los teatros se rehusaba a trabajar con actores gay, patólogos distinguidos se negaban a examinar el cuerpo de pacientes de sida y los enterradores se rehusaban a sepultarlos.

Las pruebas científicas hacia mediados de 1985 eran claras: el sida se transmitía por un virus, que en sí no era excepcionalmente infeccioso. El contagio sólo era posible a través del contacto sexual íntimo o el intercambio de sangre. No era una enfermedad específicamente homosexual y, de hecho, la mayoría de la gente en el mundo que padecía la enfermedad era heterosexual. Además, su difusión podría impedirse con toda probabilidad introduciendo cambios relativamente pequeños en el estilo de vida, y sobre todo evitando algunas prácticas sexuales (como el coito anal sin protección).

Todo esto sugería que lo que se necesitaba era una campaña de educación pública que apaciguara los temores y promoviera una conciencia de cuáles eran las actividades sexuales más seguras. En lugares como California, Nueva York, Holanda y otros países con regímenes sexuales tradicionalmente liberales, eso fue lo que sucedió. En otras partes, la respuesta de los gobiernos fue muda, y ferviente la participación de los conservadores morales. En algunas partes de Estados Unidos y Australia llegó a solicitarse la segregación y reclusión de los identificados como enfermos de sida o portadores potenciales, lo cual recuerda la solución que se dio al problema de la sífilis en Inglaterra durante la década de 1860: el examen y tratamiento obligatorios de prostitutas de quienes se sospechara estuvieran enfermas, conforme a lo establecido en las notables Leyes de Enfermedades Contagiosas. En Inglaterra, un comentarista de la nueva derecha, respondiendo a denuncias del pánico moral en torno al sida, sugirió que lo que se requería era "un poco más de pánico moral", contra quienes decían que la homosexualidad era tan normal como la heterosexualidad y hacían proselitismo en favor de ella.<sup>13</sup>

¿Qué nos dice esta respuesta sobre las actitudes contemporáneas? Susan Sontag ha descrito el uso de la enfermedad como una metáfora, en la que el mal recibe un estigma específico cuando está ligado a grupos o actividades que suelen ser desaprobados.<sup>14</sup> Los primeros en ser identificados como vulnerables al sida en Estados Unidos —sobre todo haitianos y homosexuales hombres— estaban todavía en los márgenes

<sup>11</sup> Cit. en *Daily Telegraph* (Londres), 5 de octubre de 1985.

<sup>12</sup> Susan Sontag, *Illness as Metaphor*, Harmondsworth, Penguin, 1983.

<sup>13</sup> Digby Anderson, "No Moral Panic — That's the Problem", *The Times* (Londres), 18 de junio de 1985.

<sup>14</sup> Susan Sontag, *op. cit.*

de la aceptabilidad, debido a la ideología oculta de racismo o por la continua hostilidad social contra la homosexualidad. Ambos grupos exageran los cambios que se han dado en la que para muchos fue alguna vez una sociedad social y moralmente integrada. La homosexualidad, en especial, como una de "las perversiones" que quebrantaron las expectativas del comportamiento ortodoxo, para muchos representaba una amenaza a la integración tradicional de sexo, domesticidad, orden social y distribución económica, consagrados en el matrimonio y la familia. Así, fácilmente se convierte en un blanco para quienes se alarman por el cambio y le temen.

Más allá de esto, hay un conjunto de creencias escurridizas, pero igualmente poderosas: las que vinculan los pecados con las enfermedades en nuestra imaginación y nuestros temores. Las sanciones de enfermedades todavía enmarcan y organizan en gran medida nuestras creencias sexuales más profundas (a fin de cuentas, "enfermo" es uno de los insultos preferidos). Así, resulta fácil que algunas enfermedades relacionadas con el sexo, si bien muy tangencialmente en algunos casos, como el herpes, el cáncer cervical o el sida, aparezcan como castigos, como la retribución divina o el castigo de la naturaleza por cometer delitos sexuales. La misma palabra "peste", según el *Oxford English Dictionary*, sugiere este significado. "Pobres homosexuales —dijo Patrick J. Buchanan, consejero de los presidentes Nixon y Reagan—, han declarado la guerra contra la naturaleza, y ahora la naturaleza se está cobrando una retribución espantosa". John Junor, editor del *Sunday Express* (de Londres) lo vio un poco menos metafísicamente, aunque con un tono no menos moralista: "Si el sida no es un acto de Dios con consecuencias tan terribles como el fuego y el azufre, entonces, ¿qué diablos es?"<sup>15</sup>

Ha habido una secularización, una liberalización, un cambio en el esquema de las relaciones, aunque con efectos desiguales. Sin embargo, todos han dejado un profundo residuo de ansiedad y culpa, de temor y aversión, que fácilmente pueden llevar a un renacimiento del absolutismo moral o bien a más cambios.

#### REGLAMENTAR LA SEXUALIDAD

La crisis de los significados sexuales ha acentuado el problema de cómo reglamentar y controlar la sexualidad. Lo que pensamos que es o debería ser el sexo estructura nuestras respuestas ante él. Así, es difícil separar los significados específicos que damos al sexo de las formas de control que apoyamos. Si consideramos que el sexo es peligroso, destructor y fundamentalmente antisocial, entonces es probable que asumamos posiciones políticas y morales que propongan una reglamentación estricta y autoritaria. Llamo a esto la posición absolutista. Si, por otra parte, creemos que los poderes del deseo son básicamente benignos, intensifican la vida y liberan, tendere-

<sup>15</sup> *New York Post*, 24 de mayo de 1983; *Sunday Express*, 24 de febrero de 1985.

mos a adoptar un conjunto de valores relajado o hasta radical, y a apoyar una posición libertaria. Entre estas dos posturas extremas encontraremos una tercera: tal vez no tenga la certeza de que el sexo en sí es bueno o malo; sin embargo, está convencida de los males tanto del autoritarismo moral como del exceso. Llamaré a ésta la posición liberal o liberal pluralista. Estos tres enfoques —o estrategias de reglamentación— han estado presentes en nuestra cultura durante mucho tiempo. En gran medida siguen brindando el marco —ya sea consciente o subliminal— para las discusiones actuales sobre sexo y política.

Históricamente somos herederos de la tradición absolutista. Ésta se ha basado en una creencia fundamental en que los poderes destructores del sexo sólo pueden controlarse mediante una moralidad definida, intrincadamente inmersa en un conjunto específico de instituciones sociales: matrimonio, heterosexualidad, vida familiar y (por lo menos en la tradición judeocristiana) monogamia. Esta moralidad absolutista está profundamente arraigada en el Occidente cristiano, pero aunque sus bases hayan surgido en la religión, hoy es un fenómeno político y cultural mucho más amplio al que se adhieren tanto el ateo como el cristiano (u otro religioso) dispuestos a adorar los valores morales fuertes. El absolutismo moral ha tenido una profunda influencia en nuestra cultura general, sobre todo en las formas de reglamentación legal, muchas de las cuales aún sobreviven. El conjunto más importante de cambios legales en Gran Bretaña en los últimos decenios del siglo XIX y principios del XX (sobre obscenidad, prostitución, edad de consentimiento, homosexualidad, incesto) fueron impulsados por movimientos absolutistas de moralidad social, fomentados en muchos casos por un fervor religioso, y con frecuencia en alianza con un feminismo moral. Aunque moderadas por una imposición selectiva y ajustes pragmáticos (por ejemplo en la prostitución, en la que coexistían la censura moralista y la aceptación tácita), estas leyes siguieron definiendo las ofensas sexuales hasta los años sesenta y, en algunos casos, después.

Al igual que el enfoque absolutista, la tradición libertaria incluye varias líneas de creencias. Hay un elemento importante que tiene una afinidad sorprendente con el absolutismo moral en sus suposiciones fundamentales de lo que es el sexo. Una importante tradición literaria, desde el Marqués de Sade hasta los "decadentes" de fines del siglo XIX y autores más o menos contemporáneos como Georges Bataille y Jean Genet, celebran el sexo como peligro y transgresión. Al igual que los absolutistas cristianos, parecen ver la sexualidad como una amenaza al individuo, a la sociedad e incluso al universo. Pero, a diferencia de los absolutistas, consideran que así debe ser.<sup>16</sup> El sexo transgresor es una manera de romper con la tiranía del orden existente. Aquí se unen con la otra línea libertaria, que también considera que la liberación sexual es una (o tal vez la) llave para la libertad social, una energía irruptora que puede ayudar a

<sup>16</sup> Este enfoque "gnóstico" se analiza en Murray S. Davis, *Smut: Erotic Reality/Obscene Ideology*. Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1983.

romper con el orden existente. La diferencia es que estos libertarios consideran que el sexo es fundamentalmente bueno y sano, una fuerza bloqueada sólo por el poder de la "civilización" o el capitalismo. Suele haber aquí una afinidad estrecha con una fuerte tradición socialista que se extiende desde pioneros como Charles Fourier y Edward Carpenter hasta Wilhelm Reich en la década de 1930 y Herbert Marcuse en las de 1950 y 1960. Tal posición política libertaria tuvo enorme influencia en el desarrollo de la política sexual de fines de la década de 1960. El problema con las tradiciones absolutista y libertaria es que ambas dan por hecho visiones fundamentalmente esencialistas de lo que es el sexo. La sexualidad en sí aparece no sólo como una energía poderosa que está fuera de la sociedad y se opone a ella, sino también, por lo mismo, como una fuerza natural que parece encarnar su propia moralidad. Los valores y las suposiciones teóricas acerca de la naturaleza del sexo están íntimamente relacionados. En este sentido, la posición libertaria y la absolutista son la imagen en espejo una de otra: ambas están comprometidas con una visión de la sexualidad que trasciende los límites de la historia como tal.

Sin embargo, en la práctica, la reglamentación de la sexualidad para la generación anterior estuvo dominada por formas variables de la tradición liberal. Digo "formas variables" porque hay considerables matices de interpretación en diferentes culturas que dan mayor importancia a distintos elementos, lo cual se ve sobre todo entre Estados Unidos y Europa. En Estados Unidos la idea organizativa central es la de los "derechos": es significativo, por ejemplo, que en las discusiones sobre el aborto, cada una de las partes use el lenguaje de derechos fundamentales, los derechos del no-nato contra los derechos de la madre para controlar su propio cuerpo. Como se ve, hablar de derechos no acaba con la discusión. Sigue quedando el problema de cuáles son los derechos más importantes en cada situación específica; la preferencia de los derechos de una de las partes con frecuencia puede ser claramente una cuestión política más que una cuestión moral *a priori*. En el caso del aborto están en juego valores contrarios. El resultado es una batalla entre absolutos contrarios, en que cada una de las partes sólo depende de su propia pasión y capacidad para movilizar el apoyo.

En Inglaterra, la idea de los derechos civiles fundamentales no está consagrada ni en una constitución escrita, ni en una declaración de derechos, ni en una legislación claramente definida. No obstante, la tradición liberal está profundamente arraigada y, en relación con la sexualidad, ha estado articulada de manera clara y tenido gran influencia; la instancia más conocida es el informe del Comité Wolfenden sobre prostitución y homosexualidad masculina, publicado en 1957.<sup>17</sup> El punto de confluencia con la tradición estadounidense es el acento que ambos enfoques ponen en lograr un equilibrio apropiado entre los ámbitos público y privado. El informe Wolfenden aclaró la distinción de manera clásica. Proponía que el deber de la ley era reglamen-

<sup>17</sup> Home Office, *Scottish Home Department, Report of the Committee on Homosexual Offences and Prostitution*, Cmd 247, Londres, Her Majesty's Stationery Office, 1957.

tar el ámbito público y, en especial, mantener la decencia pública. Sin embargo, había límites en su obligación de controlar el ámbito privado, el campo tradicional de moralidad personal. Las iglesias pueden esforzarse por decir a la gente lo que debe hacer en su vida privada. No era tarea del Estado intentar hacer lo mismo. Por lo tanto, el Estado no participaba de ninguna manera en la imposición de normas privadas. En tal enfoque había una aceptación tácita de que la sociedad ya no estaba gobernada —si es que alguna vez lo estuvo— por un consenso moral, y que en la práctica había una pluralidad de distintos conceptos morales. Por lo tanto, la ley debería limitar su función a mantener las normas comunes de decencia pública.

La "estrategia Wolfenden" proporcionó el marco teórico para la serie de reformas relativas a la sexualidad que se aprobaron en Gran Bretaña en la década de 1960: reformas a las leyes sobre obscenidad, homosexualidad, aborto, censura del teatro y divorcio.<sup>18</sup> Su punto de partida era la idea de que los enfoques absolutistas eran inadecuados para reglamentar la sexualidad, porque no había una moralidad común que los sostuviera. Es notable que la mayoría de las iglesias cristianas, en especial las relacionadas estrechamente con el orden establecido, como la iglesia anglicana, apoyaran esta suposición: tal vez no aprobaban la homosexualidad, el aborto o el divorcio, pero claramente consideraban que ya no podían esperar que la ley mantuviera en sí esta posición moral.

Había más que un simple agnosticismo moral en este enfoque racionalizado. Había también un sentimiento implícito de que la ley en sí ya no era un medio apropiado o eficaz, si alguna vez lo fue, para tratar de controlar la conducta sexual privada. En muchos de los debates de esa época en torno a la sexualidad había una búsqueda de otros métodos de reglamentación, que se centraban en limitar el daño más que en eliminar el pecado. Havelock Ellis ya había enunciado el enfoque típico en los años treinta: "La pregunta no es ya: ¿es anormal el acto? Es ahora: ¿es perjudicial el acto?"<sup>19</sup>

El informe Wolfenden analizaba si la homosexualidad y la prostitución podrían considerarse como enfermedades, y tratarse mejor con la medicina que con la legislación. Concluía que no eran enfermedades, pero de todas maneras recomendaba nuevas investigaciones acerca de sus "etiologías" (orígenes y desarrollo), y una de las suposiciones de los reformadores posteriores era que la medicina o los organismos de asistencia social estaban mejor preparados que las autoridades legales para reglamentar bien la sexualidad: en la reforma de ley de 1967 sobre el aborto se asignó a los médicos la responsabilidad principal para decidir si se debería permitir o no que una mujer terminara su embarazo, y no a las mujeres mismas.

Así, las reformas se ajustaban a una estrategia liberal que limitaba la interferencia directa en la vida privada. Pero no necesariamente abandonaban la idea de control —la ley en realidad se hizo más estricta en relación con las muestras *públicas* de pros-

<sup>18</sup> Al respecto, véase Jeffrey Weeks, *Sex, Politics and Society*, cap. 13.

<sup>19</sup> Ellis, *The Psychology of Sex*, Londres, William Heinemann, 1946 (1a. ed. 1933), p. 183. [Véase n. 2 del cap. 3 para la referencia de la versión en castellano.]

titución y homosexualidad— ni tampoco la de consagrar nuevos derechos. No había posibilidad de solicitar un aborto, ni existía el derecho legalmente consagrado al divorcio por mutuo consentimiento, y la homosexualidad masculina no estaba totalmente legalizada: ciertos tipos de conducta homosexual por consentimiento entre adultos (mayores de 21 años), en privado, ya no eran un delito, pero tampoco estaban legitimadas, y esto es representativo de otros casos semejantes. Así como el enfoque liberal era agnóstico respecto de la efectividad de la ley en una sociedad compleja, también era agnóstico respecto de los méritos de las actividades hacia las cuales dirigía su atención.

Las reformas de la década de 1960 fueron muy importantes, y desde luego establecieron las condiciones para muchos de los cambios de los años setenta. Algunos de los resultados fueron espectaculares. Entre 1968 y 1980 se realizó más de un millón de abortos legales. La tasa de divorcio se triplicó para la gente menor de 25 años entre 1970 y 1979, y se duplicó para los mayores de 25 años. Se abrieron nuevas posibilidades para hablar sobre el sexo, en libros y en el teatro, y para desarrollar nuevos estilos de vida. Pero los cambios no se dieron en una sola dirección. Al mismo tiempo que la homosexualidad masculina dejó de ser un delito, lo que por primera vez hizo posible un modo de vida homosexual que pudiera afirmarse públicamente, entre 1967 y 1976 se duplicaron los incidentes registrados de indecencia entre hombres, la cantidad de juicios se triplicó y la de condenas se cuadruplicó. Se hicieron varios intentos de limitar los abortos. La legislación de divorcio llevó a realizar esfuerzos denodados por llegar a acuerdos respecto del cuidado de los hijos y las consecuencias financieras. Esto ilustra lo que Stuart Hall ha llamado "la doble taxonomía" de la libertad y el control que subyacían en las reformas, y escasamente justificaba las predicciones de Mary Whitehouse de que las reformas habían producido "un desarme moral progresivo de la nación por ley",<sup>20</sup> y que lo peor aún estaba por venir.

No obstante, las reformas en sí se convirtieron en símbolo de todos los otros cambios que estaban ocurriendo, y en el asidero para quienes querían detener la ola de liberalismo y tolerancia. En Estados Unidos, donde por tradición las reformas se habían logrado a través de juicios más que por cambios en la ley, la decisión clave de la Suprema Corte en 1973 de permitir el aborto dio lugar a lo que se ha descrito como una "guerra civil moral" entre las fuerzas contendientes.<sup>21</sup> En Inglaterra, las reformas de la década de 1960 provocaron intentos vigorosos de aprobar enmiendas restrictivas y, lo que fue aun más grave, definieron el blanco para los contraataques conservadores.

Una de las dificultades de la estrategia liberal para enfrentar estos desafíos era que, aunque desde luego molestaba a los moralistas conservadores, su enfoque, en general, no consiguió el apoyo enérgico de las fuerzas radicales, en gran parte debido a su defensa

<sup>20</sup> Stuart Hall, "Reformism and the Legislation of Consent" en National Deviancy Conference (comp.), *Permissiveness and Control. The Fate of the Sixties Legislation*, Londres, Macmillan, 1980; Tracey y Morrison, *Whitehouse*, p. 67.

<sup>21</sup> Malcolm Potts, "America's Battle over Abortion", *New Society*, 7 de febrero de 1985.

limitada o titubeante del pluralismo sexual. Además, el enfoque en sí tenía graves debilidades al enfrentarse a la complejidad cada vez mayor de cuestiones relacionadas con el sexo que cambiaban rápidamente. La respuesta confusa al informe del comité sobre obscenidad y censura del cine, presidido por Bernard Williams a fines de los años setenta, ejemplifica este problema. Al tratar de delinear una respuesta a un material sexualmente explícito, que estuviera de acuerdo con las normas generalmente aceptadas, no sólo ofendió a la derecha, sino que no logró conseguir el apoyo entusiasta de liberales y feministas.<sup>22</sup> Las dificultades de la estrategia Wolfenden quedan aun mejor ejemplificadas con la reacción ante las nuevas tecnologías reproductivas a principios de la década de 1980: los problemas planteados en especial por la inseminación artificial por donante (IAD), la fertilización *in vitro* (FIV) y la contratación de madres subrogadas, y la investigación embriológica. Al tratar de manejar estos asuntos, el informe del Comité Warnock sobre fertilización y embriología humanas señaló que había dos niveles en el debate.<sup>23</sup> El primero era el problema de si podría haber un acuerdo general sobre lo correcto o incorrecto de una acción en sí misma (por ejemplo, la subrogación o la IAD). El segundo era el problema más difícil de que, aun cuando hubiese unanimidad acerca de una actividad específica, ¿sería justificado intervenir para imponer una visión moral? Por ejemplo, en lo que se refiere a la investigación que utiliza embriones humanos, no podían funcionar las distinciones liberales clásicas entre placer privado y política pública. El deseo de obtener resultados positivos de la investigación embriológica podría ser una meta privada (impulsada, por ejemplo, por el objetivo de encontrar una pista para algunas enfermedades genéticamente transmitidas), pero era probable que se financiara públicamente y, por lo tanto, que estuviese sujeta a decisiones políticas. Al mismo tiempo, planteaba cuestiones éticas abrumadoramente difíciles acerca de la naturaleza de la vida y las obligaciones de la ciencia.

En un caso como éste, proporcionar un marco formal para separar la ley de la moralidad privada no podía ser, en sí, un método satisfactorio para tratar cuestiones difíciles de elección o conflictos de valores. No es sorprendente que las preguntas sobre cómo controlar la investigación embriológica y sobre los méritos de la subrogación comercial se convirtieran de inmediato en controversias políticas que iban más allá de las divisiones convencionales de partido y trascendían las alianzas liberales tradicionales. Esto ilustra, una vez más, que la política, la moralidad y la sexualidad no habitan en distintos ámbitos de la vida social. Están íntima e inextricablemente vinculadas en el clima político y social en que vivimos.

<sup>22</sup> Home Office, *Report of the Committee on Obscenity and Film Censorship*, Cmd 7772, Londres, Her Majesty's Stationery Office, 1979.

<sup>23</sup> Mary Warnock, *A Question of Life. The Warnock Report on Human Fertilisation and Embryology*, Oxford, Basil Blackwell, 1985.

## LA POLÍTICA DE LA SEXUALIDAD

Durante los últimos veinte años, con los cambios significativos en la configuración cultural y social de los países industrializados, se han intensificado mucho las posibilidades de movilización política en torno a asuntos sexuales. El crecimiento económico rápido seguido por el desplome, la disolución de los límites de clase anteriores y la reconstrucción de límites nuevos, el surgimiento y la decadencia parcial de la asistencia social, cambios importantes en la relación entre los sexos, dentro de la familia y las comunidades locales —en suma, la geografía social variable de los países occidentales—, han producido nuevas tensiones y antagonismos sociales, formas de dominación y resistencia, que han sacudido las formas y métodos políticos tradicionales. Los nuevos antagonismos y los movimientos sociales que se han derivado de ellos no han desplazado a los viejos, de clase, raza, etnicidad o género; de muchas maneras, las luchas en torno a estos asuntos tomaron un nuevo impulso durante la generación anterior, y han estado íntimamente vinculadas entre sí. El movimiento negro en Estados Unidos en los años sesenta no sólo fue muy importante para afirmar las demandas de justicia de los racialmente oprimidos; también constituyó un estímulo organizativo para que renaciera el movimiento de las mujeres, mientras que, a la vez, cuestionaba los distintos esquemas familiares y la organización racista de las sexualidades. Sin embargo, junto a estas formas de resistencia más tradicionalmente reconocibles han surgido otras nuevas, por la paz, el medio ambiente y, lo que para este estudio resulta más relevante, en torno a preferencias y elecciones sexuales.

El feminismo y los movimientos de *gays* y lesbianas en todos los países más importantes de Occidente —pero sobre todo en Estados Unidos— han transformado los debates tradicionales acerca del sexo al afirmar una nueva exigencia de autodefinición y autodeterminación en todos los asuntos relativos al cuerpo y sus placeres. De hecho, estos nuevos movimientos sociales sexuales han creado otro ámbito público de interacción personal, debate, publicaciones y confluencia intelectual, creando en el proceso lo que ha llegado a ser una "sexología popular" que ha desafiado las certezas de la tradición sexual. Los movimientos radicales que tienen que ver con la sexualidad de ninguna manera están unificados ni son coherentes, ni en sus medios ni en sus fines. Sin embargo, han introducido un nuevo elemento en la política contemporánea al construir nuevas "comunidades de intereses", nuevas agrupaciones y un nuevo programa moral. El resultado ha sido una expansión importante en el significado del término "política", para incluir no sólo nuevos movimientos sino también una nueva gama de preocupaciones por asuntos que hasta entonces habían parecido microscópicamente personales respecto de la salud, el cuerpo, los valores, las elecciones y los placeres.

Esta nueva política de la sexualidad ha creado nuevos espacios. Sin embargo, también abrió nuevas fisuras y ha generado nuevas hostilidades. No cabe duda de que uno de los factores que llevaron al surgimiento de la "nueva derecha" en Estados Unidos, con su propio programa moral, fue la profunda hostilidad contra lo que se con-

sideraba el colapso moral y social representado por el feminismo y las políticas de *gays* y lesbianas. Junto a asuntos fuertemente emotivos, como la decadencia nacional, el conflicto racial, la asisrencia social butocrática y el cambio económico, la defensa de "la familia" y la idea de los valores sexuales y morales tradicionales codificados bajo ese rótulo, se convirtieron en un fuerte punto de unión para quienes estaban molestos por el cambio y temerosos del futuro. La nueva derecha, al buscar asuntos que a la gente le importaran, encontró que los problemas sociales cumplían los requisitos.<sup>24</sup> La pregunta es: ¿por qué a la gente le importan tanto estos asuntos? La respuesta parece estar, por lo menos en parte, en la importancia capital que otorgamos al hecho de mantener los límites impidiendo las amenazas a la posición social y a la identidad sexual. La nueva política sexual desde los años sesenta ha desestabilizado profundamente los límites existentes, dado que cuestiona el carácter fijo de los atributos masculinos y femeninos, la división entre adultos y niños, la relación entre procreación y sexo, entre los genitales y el placer sexual, y muchos otros asuntos. Ha puesto en un crisol muchas creencias que se habían dado por hecho, y provocado confusión en el universo mental de mucha gente, sobre todo de aquellos que ya se sentían amenazados por otros cambios. En tal situación, algunos reaccionan con violencia y con exigencias de segregación moral, retribución y el restablecimiento de las viejas disciplinas (en gran parte míticas).

Lo paradójico de la política sexual durante la década de 1980 es que, si bien en general los movimientos sociales radicales inclinados a la izquierda eran los que planteaban nuevas preguntas acerca de la sexualidad, fue la derecha la que supo capitalizar las energías y tendencias nuevas para integrar una fuerza política efectiva. Esto se vio especialmente en Estados Unidos, donde la "mayoría moral" se convirtió en un agregado importante de las nuevas alianzas de conservadores que llevaron al poder al presidente Reagan. El valor de los "problemas sociales" estaba en que proporcionaban un marco ideológico para construir y organizar eficazmente una base de masas potencialmente poderosa para la política conservadora y articular la ansiedad social al centrarse en un enemigo simbólico, en el cual el liberalismo sexual, la "tolerancia" o la "anarquía sexual" (las expresiones variaban) se convirtieron en la explicación de los males sociales. En Estados Unidos esta nueva política moral logró un apoyo potencialmente amplio: del renaciente fundamentalismo religioso entre carólicos, protestantes reconvertidos, mormones y judíos militantes, el apoyo de pequeños poblados disgustados, mujeres molestas por la amenaza del feminismo y muchos otros. Fue capaz de desplegar su apoyo con eficacia debido a una situación política nueva y más fluida, asociada con la decadencia de la vieja maquinaria de los partidos y el mayor poder de las campañas con una sola causa. Cada vez más parecía que la política instrumental en Estados Unidos quedaría desplazada por asuntos simbólicos.<sup>25</sup> Esto no

<sup>24</sup> Véase "The New Right: A Special Report", *Conservative Digest*, junio de 1979.

<sup>25</sup> Consultese el análisis en Jerry G. Pankhurst y Sharon K. Houseknecht, "The Family, Politics and Religion in the 1980s", *Journal of Family Issues*, 1983, no. 4, pp. 5-34.

sucedía tanto en otros países industrializados importantes, donde parecían más arraigados los límites políticos tradicionales y las divisiones sociales en torno a la clase. Pero incluso en Gran Bretaña, la defensa de la familia resultó ser un elemento importante, aunque secundario, del llamado de Margaret Thatcher y los Conservadores en las elecciones generales de 1979 y 1983, mientras que la restauración de la disciplina social y de la ley y el orden se convirtieron en motivo central de su campaña para la reelección durante un tercer periodo. Los asuntos morales pueden movilizar a la gente.

El éxito de esta política sexual conservadora ha sido variable. Hay muchas pruebas de que no ha modificado fundamentalmente la opinión pública en ninguna parte de Occidente, que en asuntos como el aborto sigue siendo aparentemente liberal. Incluso en lo que se refiere a la homosexualidad, la opinión pública es considerablemente más tolerante de lo que era en aquella época de liberalidad, los años sesenta. No obstante, ha tenido efectos significativos en términos políticos debido a su influencia en los círculos gubernamentales, y en Estados Unidos ha logrado modificar la perspectiva de la política pública sobre el aborto, la educación sexual y la pornografía, así como el tono general del debate. El nombramiento de jueces conservadores a las cortes superiores por el gobierno de Reagan significó que, en una cultura política en que los procesos legales son un elemento fundamental en la configuración de la política pública, el programa moral para la década de 1990 probablemente estaría determinado por las actitudes de la "nueva derecha" que se remontan a la década de 1980.

Sin embargo, tal vez el efecto primordial de esta política moral más confiada es que ha tendido a revelar las divisiones e incoherencias de algunos movimientos sociales más claramente radicales. El debate sobre la pornografía lo ejemplifica muy bien. Para los conservadores morales, la pornografía ha sido el símbolo más obvio de lo que ha salido mal, ya que revela gráficamente la separación entre el sexo y los valores morales. También para las feministas ha sido un asunto fundamental, sobre todo porque representa con toda claridad la exploración sexual de las mujeres y cuestiona el núcleo del poder masculino. Sin embargo, algunas feministas han ido más allá y consideran la pornografía no sólo como la representación de la violencia, sino en realidad como violencia contra las mujeres y, por lo tanto, como el mayor enemigo de las aspiraciones feministas. El resultado en Estados Unidos y otros lugares ha sido una alianza tácita entre algunas feministas y los conservadores morales en los intentos legales de prohibir la pornografía.<sup>26</sup> Sus puntos de partida pueden ser distintos, al igual que sus metas. No obstante, en los hechos esta alianza significa hacer borrosos los límites de campañas diferentes, y muchos consideran esta jugada, claramente táctica, de algunas feministas como un abandono fundamental de la política sexual radical.

Este es sólo un aspecto de un debate más amplio, impulsado en especial por el feminismo moderno, acerca del lugar que ocupa la política sexual en la política con-

<sup>26</sup> Véase, por ejemplo, "The War against Pornography", *Newsweek*, 18 de marzo de 1985, pp. 58-67.

temporánea. Se ha observado una división potencial entre una "política del sexismo" y una "política del deseo".<sup>27</sup> La primera, dominio de la "política sexual" clásica, se ha preocupado sobre todo por la realidad de la subordinación económica, social y sexual de la mujer. Durante la década de 1970 se acentuó cada vez más el poder de los códigos sexuales existentes dominados por el hombre —sobre todo la "heterosexualidad obligatoria"— para perpetuar la opresión femenina. Este acento ofrecía un antídoto valioso a la política que ignoraba la sexualidad o la consideraba secundaria respecto de otros asuntos. Llevó a una nueva concentración en cuestiones genuinamente importantes, como la violencia sexual, la violación, la explotación sexual infantil, la pornografía y la naturaleza política del lesbianismo. Pero también llevó a un nuevo acento en las diferencias entre las sexualidades masculina y femenina, y en las mujeres como víctimas del poder y el deseo masculinos. Alice Echols ha comentado: "A medida que el feminismo reciente se ha convertido en sinónimo de la reclamación de un supuesto principio femenino y su determinación, ha llegado a reflejar y reproducir las suposiciones dominantes sobre las mujeres."<sup>28</sup>

Es decir, que está en complicidad con las ideas convencionales sobre la agresión masculina y la pasividad femenina. En oposición a esto ha surgido entre las feministas la voz de una "política del deseo". Esto no descalifica la importancia de las cuestiones planteadas por los debates sobre violencia y explotación. Sin embargo, intenta subrayar las posibilidades positivas de libertad sexual, cuestiones de placer tanto como de poder, de elección tanto como de victimización.

La polaridad entre estas dos tendencias de alguna manera es equivocada. Quienes se concentran en las mujeres como víctimas tienen su propia visión de la satisfacción sexual; asimismo, quienes proponen una política del deseo están conscientes de los puntos fuertes de las estructuras de dominación y subordinación en relación con la mujer. No obstante, la diferencia de acento entre estas dos tendencias planteó cuestiones vitales, que estallaron a fines de los años setenta y principios de los ochenta en divisiones fundamentales entre las feministas, cuando asumieron posiciones polarizadas sobre asuntos como sadomasoquismo, homosexualidad y pornografía.<sup>29</sup> A su vez, esto forma parte de un dilema más amplio entre liberales e izquierdistas durante la década de 1980 acerca de cómo responder mejor a la crisis sexual. Parecía generalizada la idea de que en los cambios de la generación anterior había muchas cosas que estaban mal o eran inadecuadas. La libertad sexual de los hombres en realidad puede haber incrementado la subordinación sexual de las mujeres. Al mismo tiempo, había

<sup>27</sup> Kenneth Plummer, "Sexual Diversity: A Sociological Perspective", en K. Howells (comp.), *Sexual Diversity*, Oxford, Blackwell, 1984.

<sup>28</sup> Alice Echols, "The New Feminism of Yin and Yang", en Ann Snitow, Christine Stansell y Sharon Thompson (comps.), *Desire: The Politics of Sexuality*, Londres, Virago, 1985, p. 62.

<sup>29</sup> Carole Vance analiza esto en su capítulo de Vance (comp.), *Pleasure and Danger. Exploring Female Sexuality*, Boston y Londres, Routledge & Kegan Paul, 1984. [Véase n. 7 del cap. 1 para la referencia de la versión en castellano.] Véase también Jeffrey Weeks, *Sexuality and its Discontents*, cap. 9.

112 Sexualidad  
una conciencia cada vez mayor de que en realidad casi no había cambiado la herencia de un pasado más autoritario: las leyes y las convenciones sociales todavía limitaban la elección sexual en todo, desde la preferencia sexual y los derechos reproductivos hasta la distribución libre de materiales de lectura y representación visual.

En el centro del dilema flotaba la pregunta de cómo responder mejor a la realidad cada vez más amplia de la diversidad sexual. Al tratar de analizar este asunto, con toda su delicadeza y complejidad, quedó claro para muchos que la política, los valores y la ética no son ámbitos separados. Están inextricablemente vinculados en la política moderna de la sexualidad.

## 6. PLACERES PRIVADOS Y POLÍTICA PÚBLICA

*Si la naturaleza humana es histórica, los individuos tienen historias diferentes y, por lo tanto, necesidades diferentes.*

Michael Ignatieff<sup>1</sup>

Podríamos hacer muchas preguntas sobre la sexualidad: sobre el derecho y la obligación, la moralidad y la inmoralidad, el bien y el mal, la salud y la enfermedad, la verdad y la falsedad. Debates sutiles, y no tan sutiles, en torno a alguna de estas dicotomías o a todas ellas, han dominado el discurso de Occidente sobre la sexualidad durante más de dos mil años. Sea cual fuere la gama de respuestas que pueda obtenerse, todas se distinguen por su fuerte carga prescriptiva, porque intentan decir a la gente, en general de manera coercitiva, cómo debe comportarse para lograr una vida buena (o moral o higiénica). Sin embargo, el hilo conductor de este ensayo es que a la idea de la sexualidad se le han cargado demasiadas suposiciones, por lo que ha avanzado lentamente, bajo el peso de expectativas que no puede ni debería soportar. Como ha dicho acertadamente Gayle Rubin: "Los actos sexuales están cargados con un exceso de significación."<sup>2</sup> Deberíamos aligerar la carga.

Una de las mayores dificultades para hacerlo ha sido el papel privilegiado que se han atribuido los expertos en sexo durante los últimos cien años para decirnos lo que es una conducta buena o mala, apropiada o inapropiada. En su discurso presidencial para el congreso de la Liga Mundial para la Reforma Sexual de 1929, Magnus Hirschfeld declaró que "una ética sexual basada en la ciencia es el único sistema sano de ética".<sup>3</sup> La intención que estaba detrás de esta declaración era realmente noble.

<sup>1</sup> Michael Ignatieff, *The Needs of Strangers*, Londres, Chatto & Windus, 1984, p. 135.

<sup>2</sup> Gayle Rubin, "Thinking Sex", en Carole S. Vance (comp.), *Pleasure and Danger. Exploring Female Sexuality*, Boston y Londres, Routledge & Kegan Paul, 1984, p. 285. [Véase n. 7 del cap. 1 para la referencia de la versión en castellano.]

<sup>3</sup> Magnus Hirschfeld, "Presidential Address: The Development and Scope of Sexology", en Norman Haire (comp.), *World League for Sexual Reform: Proceedings of the Third Congress*, Londres, 1930, p. XIV.